

pital. Allí quedó prisionero un ejército entero con su jefe D. Rómulo Diaz de la Vega.

Entre tanto el Sr. Ortega arbitraba recursos.

VII.

Imposible nos es seguir á la revolucion en todas sus facetas nos limitamos, pues, tan solo á apuntar ligeramente los sucesos que tienen relacion con nuestro objeto y dejamos á la historia los detalles de esa revolucion tan fecunda en rasgos heroicos y tan llena de episodios temibles. La revolucion de 57 tiene una historia que no es solo la suya: es la del continente americano, es la de la humanidad que lucha con los errores viejos, y se emancipa y se mejora.

Despues de rápidas é inesplicables marchas, el Sr. Uruga cae como un torrente sobre la plaza de Guadalajara: allí la victoria era suya no se la arrancó el enemigo: mas desgraciadamente cae herido y queda prisionero. Sus fuerzas se retiran á Zayula,

El Sr. Ortega que tenia en su poder á los prisioneros de Peñuelas propone á Miramon el cange del Sr. Uruga: Miramon no acepta. Esta accion que todos han reprobado al jefe reaccionario á nosotros nos parece muy sencilla, muy natural. El Sr. Ortega proponia un absurdo, y Miramon que conocia á los suyos los pintó y los caracterizó con su negativa: el ejército reaccionario entero no valia lo que un jefe liberal.

Ortega grande y generoso como su partido pone en libertad á los prisioneros, suministrándoles recursos sin restriccion alguna.

Miramón toma entre tanto posiciones frente á Zayula; Ramirez con su brillante division marcha á unírsele.

El Sr. Ortega con la division que ha organizado sale al encuentro de esas mismas fuerzas que lo habian derrotado en Salinas. Coloca sus infanterías entre los Estados de San Luis y Aguascalientes y al frente de 600 caballos se presenta ante el enemigo. Entonces comenzó ese horrible combate, sostenido, sin intervalos y prolongado en un espacio de 40 leguas. La caballería liberal quedó destrozada, pero el enemigo no obtiene ventaja alguna.

Por fin el enemigo se situa en la hacienda de Peñuelas el 14 de Junio de 1860: El Sr. Ortega prenocta en Aguascalientes. Díganos algo sobre los combatientes.

Ramirez el jefe reaccionario manda una division compuesta de los cuerpos veteranos del ejército, soldados victoriosos en todas partes, que acababan de derrotar en la Flor á las fuerzas de Durango y Nuevo-Leon, y que ya otra vez, en Salinas, habian vencido á las fuerzas de Zacatecas. Su artillería es brillante y de grueso calibre.

Las tropas de Zacatecas colecticias, nuevas, casi indisciplinadas no cuentan mas que con su decision y con el valor de su jefe. Su artillería se compone de una sola pieza, la que se inutilizó al principio del combate. Mas aun, su fuerza es inferior en número á la del contrario.

El triunfo del ejército reaccionario era pues indudable, y allí iba á perderse otra vez el prestigio, la fuerza moral y el tren de guerra. Despues del glorioso revez de Guadalajara la pérdida de otra accion de guerra era de fatales consecuencias para la causa.

El Sr. Degollado lo comprende así y previene, por medio de repetidos estrordinarios, al Sr. Ortega, que no comprometa accion alguna y que se retire. Pero Ortega tiene el instinto de la gloria, y la intuicion del triunfo que hace descollar á los

héroes. Desobedece las órdenes del general en jefe, mas aun, prohíbe que se abran los pliegos que lleguen del cuartel general. Quiere hasta ignorar las prevenciones del que podia darlas para seguir solo su inspiracion y cargar la responsabilidad entera de lo que iba á pasar.

Decidido á dar la batalla, comunicó en la noche su plan al Sr. Avila, gobernador de Aguascalientes, y dió sus órdenes al Sr. general D. Francisco Alatorre.

El dia 15 de Junio de 1860 al despuntar apenas la aurora, tres hombres montados en magníficos caballos llegan galopando á las orillas de Peñuelas. Uno de ellos reconoce con su anteojo el campo que tiene enfrente, y volviéndose hácia los que lo acompañan les dice:

—¿Quien de vdes. conoce el terreno?

—Yo, responde uno de ellos.

—Pues bien tendido el enemigo en batalla dándonos el frente, por cual de sus flancos podria dársele una carga de caballería?

—Por ninguno; los bayados y los barrancos lo estorban completamente.

—No importa, nos queda la retaguardia y aunque el enemigo ha elegido su campo ventajosamente le daré la batalla.

Y se vuelve con ellos por donde habia venido comunicándoles rápidamente sus órdenes.

Ese hombre que aquel dia iba á consumir uno de esos hechos inauditos, héroicos, casi fabulosos conquistando un nombre nacional era el C. Jesus Gonzalez Ortega: lo acompañaban el general D. Francisco Alatorre y el coronel D. Miguel Auza.

Minutos despues se rompen los fuegos. Las infanterías constitucionales sufren el fuego de la artillería enemiga sin poder contestarla porque no hay una sola pieza en sus filas; pero sigue avanzando, porque á su frente vá su gefe audaz, y tranquilo en medio de la metralla. Desde el principio de la ac-

cion la caballería se ha separado del grueso de la divicion y se dirige, dando un largo rodeo, al otro lado de Peñuelas: la manda el coronel Castro.

La lucha sigue durante dos horas y media, terrible, encarnizada y enteramente desigual. Pero en las tropas constitucionales hay el arrebató que inspira una santa causa, y estan llenas del entusiasmo que les comunica su gefe.

Este es conocido por el enemigo y al momento le dirigen sus mejores punterías: las balas de cañon pasan algunas líneas de su cabeza ó abren profundos surcos en la tierra á los piés de su caballo: pero el héroe de Silao y Calpulalpam no podia morir en Peñuelas.

Vé Ortega plenamente empeñado el combate, se separa de las infanterías, alcanza sus caballerías y las lanza sobre la retaguardia del enemigo. En el mismo instante las tropas liberales caen sobre la artillería se apoderan de ella, se lucha ya personalmente y con la bayoneta, y la batalla se decide al fin: la victoria coronó al ejército constitucional apesar de la inferioridad de su número, de sus armas y de su disciplina.

Y las tropas reaccionarias supieron tambien cubrir de gloria su derrota, porque al sucumbir pelearon como unos bravos. Batallones enteros quedaron prisioneros formados en su línea, sin haber retrocedido un paso: los soldados descansando sobre la culata de los fusiles sin tener un cartucho mas que quemar: los oficiales muertos en sus puntos teniendo algunos de ellos empuñada aun en su crispada mano la bandera que se les confiara. ¡Defensores dignos de una causa mejor!

Trenes, armas cañones y ambulancias quedan en poder del ejército constitucional: cuerpos enteros, infinitos gefes y oficiales, todos quedan prisioneros.

El Sr. Ortega manda levantar el campo, hace conducir los cadáveres de los gefes y oficiales á Aguascalientes, donde por su órden, se les da sepultura con toda la pompa militar que

la ordenanza concede á los generales de Division. Entre esos cadáveres estaba el del coronel reaccionario D. Florentino Muñoz.

Y no hacemos esta mencion sin objeto: queremos consignar aquí uno de esos episodios que pintan perfectamente á los dos partidos contendientes.

En el desastre de Salinas, el Sr. Sanchez Roman hermano político del Sr. Ortega murió en el campo combatiendo en una de las filas, y su cuerpo quedó tendido en el campo y en poder del enemigo. Don Florentino Muñoz que se hallaba entre los vencedores, recogió el cadáver y lo condujo á Salinas. Allí en lugar de recibir honores fúnebres, aquel cuerpo mutilado fué colocado desnudo sobre una mula y paseado por las calles como un objeto de irrisión y burla. Este rasgo es característico al partido que consumó los asesinatos de Tacubaya, y que mas tarde, en nuestros dias, habia de cometer en la persona de Ocampo, esa infamia sin nombre que reprueba altamente la sociedad entera.

Otro episodio mas.

La Villa de Nochitlan estaba cubierta por algunas fuerzas al mando de D. Ignacio C. Dávila. Este Sr. era hermano político del Sr. Ortega, su amigo de infancia, su compañero inseparable en la juventud, sin que ningun interés, ni ódio político alguno hubiesen entibiado jamas el fraternal cariño que ambos se profesaban.

La Villa de Nochitlan se pronuncia por el plan de Tacubaya, toma la poblacion las armas, y el Sr. Dávila queda de gefe del movimiento reaccionario.

A punto que llegó á noticia del Sr. Ortega, puso tropas á las órdenes del Sr. D. Refugio Vasquez, y manda á este para que ocupe á viva fuerza la plaza, previniéndole que al punto que aprehendiera á Dávila lo pasara por las armas. Efectivamente Nochitlan fué tomado y el hermano político del Sr.

Ortega, el desgraciado Dávila quedó muerto en el campo de batalla.

El Sr. Vazquez habia algunos meses antes intentado la pacificacion de aquellos pueblos, ofreciendo á los reaccionarios toda clase de garantías. Aquellos esfuerzos fueron inútiles y algun tiempo despues tuvo que marchar por segunda vez con la fuerza que mandaba el coronel D. Antonio Santiago, y sin gravar á los habitantes concluyó la campaña consiguiendo al fin reponer á las autoridades liberales, dando un amplio perdon á los disidentes. Tanto afan, tanto trabajo y tanto sacrificio, fueron otra vez mas perdidos, y el Sr. Vazquez marchó por tercera vez sobre aquellas poblaciones rebeldes, teniendo que recurrir como acabamos de ver, y segun las órdenes que habia recibido del Sr. Ortega, á medidas llenas de energía y justicia. Así destruyó aquel foco de males con que la reaccion asolaba constantemente á las poblaciones limítrofes. Cuando comunicaba verbalmente al Sr. Ortega el resultado de la expedicion, este señor preguntaba cuál habia sido el fin de su hermano político, el Sr. Vazquez le contó su muerte. El Sr. Ortega dijo que si hubiera sido Dávila hecho prisionero y pasado por las armas, él habria llorado sobre su tumba; pero habria tambien aprobado lo hecho.

Es imposible pintar la energía, la heroicidad, el respeto á la ley y el patriotismo lleno de ardor que significa este rasgo del Sr. Ortega. Y tanto mas cuanto que no habia en esas medidas de terror, el ódio del partidario hácia su enemigo: cuando se trataba de asegurar el triunfo de los principios y la pacificacion de la República, sabia normar sus medidas con las exigencias de la situacion: así lo probó en el siguiente acto, y en otros varios en que con su generosidad aseguró el triunfo de la revolucion.

Otra vez propone el Sr. Ortega á Miramon el cange del Sr. Uruga por los prisioneros de Peñuelas, y el gefe reaccionario no acepta: ¿cómo encuentra servidores el partido conservador?

El Sr. Ortega sin embargo los reúne y les manifiesta el estado lamentable que guarda la República desolada por la guerra civil. Los despide por último y ministra recursos para su marcha. Los oficiales prisioneros, al menos muchos de ellos, se conmueven, protestan á su generoso vencedor que irán á encerrarse en sus círculos domésticos á buscar un pan para sus

familias, y parten para México. Pocos días despues todos ellos militaban bajo las órdenes del mismo Miramon que tan altamente los habia despreciado. Tales soldados no podian sostener á ningun gobierno.

El Sr. Ortega vuelve á Zacatecas y Miramon se retira de Zayula, impotente ante las tropas liberales y se coloca en Lagos para estorbar que el vencedor de Peñuelas ocupe á Guanajuato.

Antes de un mes sale el Sr. Ortega de Zacatecas con sus mejores tropas, su artillería y la que ha quitado al enemigo. Da parte al Sr. Degollado que se hallaba en su cuartel general de San Luis, que dentro de pocos días daria una batalla decisiva, pues marchaba sobre Lagos donde se encontraba Miramon.

El Sr. Degollado que teme ya que un nuevo azar haga retroceder á la revolucion todo lo que ha avanzado, le previene que no emprenda la campaña y que permanezca en Aguascalientes. El Sr. Ortega insiste sin embargo en su plan, suplica al Sr. Degollado le permita obrar con libertad, y marca sobre todo en su comunicacion que los elementos de guerra que tienen las tropas que militan á sus órdenes son sacados de Zacatecas unos y otros botin del enemigo sin que haya recibido ni un cartucho, ni un fusil del gobierno de Veracruz. El Sr. Degollado accedió y Ortega se dirige sobre Lagos.

Entonces se ponen á sus órdenes el general Carabajal y el Sr. Doblado. Este señor pregunta sin embargo al gobernador de Zacatecas cual es su plan de campaña.

—Pelear donde y como quiera el enemigo, contestó el Sr. Ortega.

Miramon abandona á Lagos y retrocede para Guanajuato. Esa cuarta retirada opacaba ya mucho su brillante estrella, que tanto habia incensado la prensa conservadora.

El Sr. Ortega ocupa á Lagos y allí da una organizacion provisional al ejército. Una de las divisiones queda al mando del general Alatorre, la otra al del general Lamadrid y la caballería á la del general Carabajal. El Sr. Zaragoza es cuartel maestro del ejército. Los Sres. Doblado y Berriozabal permanecen en el mando de sus respectivas fuerzas. El Sr. Ortega aunque era un simple particular, sin tener grado alguno militar, queda mandando en gefe.

VIII.

Miramon establece su campo en Silao, el ejército liberal avanza sobre esta poblacion y el dia nueve de Agosto se avistan ambas fuerzas.

Por la primera vez iban á encontrarse los dos hombres mas notables de los dos partidos contendientes. Miramon que solo ante lo imposible retrocedia, como en Veracruz, y solo despues de intentarlo se habia retirado, Miramon que personalmente jamas habia sido derrotado, y cuya posicion difícil solo era causada, fuera de la impopularidad de su partido, por las derrotas de otros gefes, Miramon, con todo su prestigio de audacia, valor y conocimientos militares, con buena artillería y mejores soldados, iba á luchar cuerpo á cuerpo con él vencedor en Durango, Aguascalientes, Zacatecas y Peñuelas, con el que habian proclamado los suyos valiente entre los valientes, aunque jamas habia pisado una escuela de táctica ni un colegio militar.

Y esa lucha homérica iban á presenciarse no solo algunos miles de hombres, sino los Estados, la nacion entera que conocia hacia días sus preparativos, que iba á saber sus pormenores y sobre todo á palpar sus resultados. Era un reto de vida ó de muerte, donde iba á decidirse la suerte de una República, cuyas leyes, cuyos derechos se habian quemado en los cartuchos, cuyos campos estaban regados de sangre y rui-